

SrD₃V

TRIPAS



EDITORIAL MALDITA CULTURA

Primera Edición, FEBRERO 2020.

Impresión y encuadernación: ESTUGRAF S.L.

© Manuel Nuño, 2019

Todos los derechos reservados.

Edición y corrección: María Pachón.

Maquetación y diseño de portada: Bernardo Cruz.

DEPÓSITO LEGAL: BA-000209-2019.

ISBN: 978-84-09-16360-1.

EDITORIAL MALDITA CULTURA

contacto@malditacultura.com

www.malditacultura.com

@MalditaCultura

A los malditos

Espectro

Con el rojo de fondo acariciando la cara este, toda la fachada luce como un salmón en los límites de su etapa nutritiva. No es algo que ocurra todos los días pero, a veces, un atardecer de nubes caprichosas se tiñe con el último sol y amablemente satura el cielo de violetas y naranjas, rojos y marinos sosegados. Luz cálida que baña siempre efímera cualquier superficie expuesta a su abrazo de despedida, ventanas, árboles o aceras, o el rostro de la anciana que ahuyenta a patadas a los perros cuando saca la basura. Todos, hasta los inertes, hasta los inconscientes de ello, son herederos legítimos del regalo excelso cortesía del cielo tardío.

Con el rojo de fondo cada vez más al fondo, cada vez más abajo.

Canción de despedida, triste como un día perfecto
Aléjame de la cima, aléjame del resplandor

La luz tibia conquista la fábrica abandonada, pasa, las cadenas no impiden la penetración. Dentro, la jungla, la vegetación, la hierba impía que todo lo invade sin caballo ni martillo que aplaste los brotes con sus pezuñas, salvaje, y descarada. Es un territorio vencido, un nuevo ecosistema, vida prototipo. Viejas piedras resurgen de las paredes cubiertas en

su libertad de trazos verdes de pintura violeta. Indicio de que otros exploradores ya pasaron por aquí, otros conquistadores saltaron la valla, la cadena, la digestión y el óxido, dejando tras de sí un rastro premeditado. Y más huellas, colillas, botellas vacías, condones, jeringuillas pasadas de moda. Todo olvidado, abandonado en la fábrica abandonada, asistiendo en silencio a la expiración del rojo que por nadie espera. Un rojo cada vez más débil que nada puede hacer contra la opacidad de los viejos muros.

A los olvidos de abajo pronto los ahogará la noche, sin piedad, igual que un cáncer imparable y caprichoso apostando por la necrosis. La cruel libertad que prosigue como castigo a todo abandono.

La oscuridad se presenta, pero solo aquí abajo, de momento es solo aquí abajo, donde el rojo ya no llega.

*Trepan las zarzas hasta la puerta de mis ojos
Las espinas dibujan en la piel marchitos demonios*

Llegan sin pisar la tierra como el humo, resguardados en el manto negro creciente, todos juntos, escondidos en la niebla, los Diablos. Como cada noche, como cada día oscuro. Talarán el interior del cráneo para reconstruir a fuego las ruinas del infierno al que pertenecen. Amparados por las sombras desmontan a los más valientes caballeros, desvistiéndoles de falsa gallardía, arrancándoles la careta de porcelana, perseverando sin descanso día tras día con enorme eficacia un desgaste irreversible. Mala cosa los Diablos. No practican la

misericordia. Son incapaces de matar, no pueden, pero saben herir hasta la muerte. Llegan y se quedan, afincados en el centro del pensamiento, en el mismo centro del eje de la cordura. Desde ahí suscitan sangrado sin coagulación posible en forma de ríos de agua salada. Ríen, los malditos, carentes de la más mínima compasión. Ríen mientras violan y son violados, mezclan sus carcajadas con alaridos de placer enfermo, llenan todo de voces y lamentos, de horror y vergüenza, de monóxido de carbono y desesperación. Devoran el tiempo hasta que este, insostenible ya, se convierte en eternidad sin nombre ni razón. Un laberinto hecho de paredes con cuchillas de acero plomo. Sin salidas, sin puertas traseras, sin ninguna posibilidad de escapatoria.

Dramática colección de días sempiternos acumulados como neumáticos raídos, sin espacio en el que descansar ni aire limpio con el que soportar el ayuno forzoso. Así hasta el límite, hasta que la nuez que encierra herméticamente un infierno infinito implosiona sometida a la más vil de las presiones. Y los colores se emborronan y se difuminan como si todo fuese de acuarela, y la bruma gris crece, crece, crece, en la desesperación de los miserables.

*El esclavo ~~reza~~ espera en su cárcel de cemento
que la luna caiga del más alto de los mares*

La huida se manifiesta con la visión de una escalera. Una serie interrumpida de ciento doce escalones que atraviesan el vacío de puertas arrancadas, y empieza la azotea, donde aún

no migran las sombras, donde es posible ver al rojo morir. Último oasis de luz húmeda, último bastión, última torre desde la que saltar.

La ciudad a lo lejos, empañada. Confusa desde la cima. Pero ahí está, respirando y pudriéndose, sin nadie que intervenga, sin nadie que le dé el golpe de gracia asestándole sin remordimientos en el estómago las puñaladas, nadie. Es enorme, pero tan triste a veces, tan otoño en verano, que es inevitable el aumento constante de la dosis, de cualquier dosis y de todas, para hacer del ensayo algo tolerable, una función medianamente justa, o equilibrada, y así evitar el tener que atravesar los muros alambrados de la abandonada y subir ciento doce hasta la cima. Estático panorama. Tal vez bello. El poeta se da cuenta. Quizás no es ella, quizás son sus pobladores, que no han aprendido ni entienden la melodía. No saben que es mejor no oponer resistencia, solo fluir con ella. La armonía, hermoso paisaje que se convierte en un vertedero si por dentro, el que mira, está lloviendo; y descarga un temporal.

Hoy no es buena compañera. Hoy es cómplice de un crimen, casi instigadora. Cómo diferenciarla de sus pobladores cuando uno es igual a seiscientos noventa y seis mil y pico. Puede disimular, pero no apartar la mirada. Desde lejos distingue al penúltimo de sus hijos adoptivos, sobre la azotea, viendo al rojo morir, escribiendo sus últimos versos. Si pudiese llorar, con seguridad le dedicaría una estridente carcajada. Con el viento llegan aromas distintos, un aliento exhalado que huele a derrota.

En el fondo sabe que desaparecerá en la indiferencia ingrata como otra mancha más junto a los secos cercos de orina.

Aléjame del tormento, triste canción de despedida
Déjame marchar contigo

Nube con forma de cerdo. Un cerdo rosa pastel partido por la mitad. No es algo que ocurra todos los días.

Se acaba. Lo que antes era una pelota ahora no es más que una lombriz devorando las últimas migajas de los dioses. Casi insignificante, el rojo se oculta dando por concluida la función, cierra el telón con su ausencia. La cara este de la fachada es engullida por las sombras. La ciudad se vuelve fuego de mil colores.

No ha escogido el hierro, la cuerda, la química o la bala. La elección ha sido descender con el rojo antes de que las sombras establezcan su feudo inapelable.

Respira, una lágrima ha nacido, respira, se asoma a un mundo oscuro, respira, la gota se desarrolla, respira, el reflejo crece dentro de ella y se deforma curvilíneo hacia los extremos de la fracción abombada, respira, tiembla, respira, se cae del acantilado y se estrella en un pómulo saliente, respira, nacen otras que eligen resbalar y desaparecer en su propio reguero, respira, le cuesta respirar, pero respira, cierra los ojos, respira, de nada sirve, la espera termina, en su descenso el tiempo crea un instante inmortal en el que retorcerse eternamente, mientras cae en un vuelo nefasto, aproximándose a los cercos, alejándose de todo lo demás, perdiéndose para siempre como versos en trozos de papel que huyen de las entrañas de donde brotaron.

